

La periferia de Buenos Aires y el mundo popular urbano

Notas sobre una literatura contemporánea

NICOLÁS VIOTTI* Y CARINA BALLADARES**

Durante los últimos años de la década de 1950, las ciencias sociales —de la mano de la sociología naciente— dedicaron mucha atención a problematizar la modernización, que hasta ese momento era entendida como un proceso inevitable (más o menos postergado) en la región. La llegada de la década de 1970 significó un giro hacia una versión particular de la modernización, varios de los intelectuales de aquel entonces entendieron el conocimiento social como una forma de transformación radical de la sociedad. Más tarde, el fin de la dictadura militar daría lugar a una preocupación por la llamada transición democrática y, por ende, a una revitalización de la ideología modernizante que veía en los sectores populares, presentes o pasados, la fuente de una verdadera democratización. En todos los casos, el tratamiento del mundo popular urbano estuvo centrado en considerar a ese “otro” como el escollo o el motor de la idea de cambio que está implícita en la temporalidad del orden moderno. Es decir, la teoría de la modernización, que permeaba todos esos análisis, tenía la particularidad de tender a disolver la especificidad de ese “otro” en virtud de una noción que no era más (ni menos) que una categoría particular e histórica que se hacía pasar por universal.

El proyecto de las ciencias sociales argentinas es deudor parcial de una configuración nacional arraigada, primero, en las aspiraciones de una elite liberal y, luego, en una cultura “moderna” de inmigrantes europeos. Este se estructuró a partir de un modelo fuertemente normativo (y siempre inconcluso), inspirado en una variante nacional de la ideología igualitarista y homogeneizadora. La mirada dominante en las ciencias sociales, producida mayormente por una porción letrada de los sectores medios urbanos, no escapaba a aquello que varias décadas atrás señalaba Ángel Rama: el mundo urbano

* Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional (UFRJ).

** Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y Centro de Investigaciones Etnográficas (UNSAM).

1 Ángel Rama (1984:25) decía que en las ciudades latinoamericanas “siempre hubo otra ciudad, no menos amurallada, sino más agresiva y redentorista, que la siguió y condujo. Es la que creo que debemos llamar la *ciudad letrada*, la cual cumplía las funciones culturales de las estructuras de poder”.

2 Es sintomático que, en el contexto de polarización social de la década de 1990, Carlos Belvedere (1993) relevara el proyecto Marginalidad llevado a cabo por José Nun, Juan Carlos Marin, Miguel Murmis y Ernesto Laclau en 1969. Este proyecto, procuraba reinscribir en lo político el concepto de “marginalidad” pregonado por Gino Germani. Se advertiría, de manera crítica, que un concepto estático de ‘marginalidad’ implicaba modelos cerrados de sociedad con un adentro (integrados-cohesionados-funcionales) y un afuera (excluidos-disfuncionales-prescindibles). A su vez, se desaprobaba la idea de que los procesos de marginación se sustentaban en la incapacidad de los individuos o grupos de adaptarse al cambio, pero también se recusaba la posición que relegaba a la llamada “población marginal” a un estadio ‘tradicional’ (y políticamente regresivo) que debía, tarde o temprano, incorporarse a la sociedad “moderna”.

3 Desde fines de la década de 1970 y durante la de 1980, el Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES) fue sede de proyectos dedicados al análisis de la cultura en los sectores populares urbanos. Los sociólogos que participaron en esos proyectos como María del Carmen Feijoó, María Inés González Bombal, Elizabeth Jelin, Lucas Rubinch o Pablo Vila, entre otros, privilegiaban abordajes centrados en la vida social de barrios de la periferia urbana y a su vez establecían un diálogo con otras tradiciones nacionales, sobretudo con centros de investigación norteamericanos y brasileños. Por otro lado, teniendo como antecedente el

tiene en Latinoamérica una efectividad inusitada para anular la diferencia contrastiva que constituyen sus “otros” internos.¹

Las formas de pensar fueron cambiando pero la pregunta sobre el mundo popular urbano persistía. Ese “otro” había pasado de estar lejos del desarrollo a estar lejos de la revolución. De forma paradójica había sido objeto de manipulación por parte de líderes populistas, población “marginal” y sujeto de transformación radical.² Durante la década de 1980 la problematización de lo popular tomó la forma de la distancia o cercanía con la democracia y dos conceptos renovaron el panorama: “cultura política” y “ciudadanía”. Estas se transformaron en categorías habituales para pensar la sociedad pos-dictadura y, particularmente, para redefinir la agenda de investigación sobre un mundo popular que se pensaba en continuidad con los valores ciudadanos. En este contexto, una serie de estudios recorrieron un camino paralelo al del análisis centrado en las instituciones de gobierno y al de la exégesis teórica dominante de buena parte de la sociología y de la ciencia política, abocadas al tema de la transición democrática. Algunos sociólogos inspirados en un concepto de cultura sensible a la antropología social y a la historiografía cultural británica se preocuparon por las lógicas familiares, la relación con el valor letrado de la lectura, las nociones de derechos y la capacidad de movilización social de los sectores populares.³ Por su parte, en ese clima de época, los sectores populares metropolitanos de principios del siglo XX que fueron producto de la inmigración europea se convirtieron, de la mano de una nueva historiografía urbana, en el reservorio moral de la sociabilidad y los valores ciudadanos.⁴

El comienzo de la década de 1990, con el triunfo electoral de Carlos Menem y el avance de un *ethos* de mercado, trajo aparejadas nuevas reconsideraciones sobre los sectores populares. Más allá de las miradas que comenzaban a mostrar una fuerte transformación en la estructura social argentina (y el surgimiento tanto de “nuevos pobres” como de una “nueva cuestión social”), varios analistas volvieron a discutir sobre el “otro” interno en la clave Cultura/Política. Algunos sociólogos sostenían que el liberalismo político, que consideraba al sindicalismo y al estatismo como un pesado lastre, había transformado de lleno la cultura política popular (Novaro 1997). Nuevas perspectivas inspiradas en diferentes lecturas de los Estudios Culturales en boga, que veían en los medios de comunicación un lugar privilegiado de análisis, se debatieron entre la condena y la aceptación del estilo político neo-populista y de algunos productos

de la cultura masiva. Concentrados mayormente en el análisis formal del discurso, y en las performances mediáticas de algunos políticos o en ciertas expresiones “plebeyas” de la industria cultural, las intervenciones oscilaban entre el diagnóstico de la dominación o la creatividad de lo popular pero *sin* los sectores populares.⁵

Si la década de 1990 volvió a poner sobre la mesa el tema de los sectores populares, no era simplemente para dar continuidad a una obsesión de las ciencias sociales argentinas. Estaban ocurriendo cambios que radicalizaban, cada vez con mayor intensidad, una distancia simbólica, social y espacial. La diversificación de industrias, consumos estéticos, nuevos estilos religiosos y de cuidado de sí redefinía los regímenes de subjetivación de décadas anteriores y producía un cuadro cada vez más distintivo. Por su parte, la reforma del Estado, la caída del ingreso, la pauperización, el desempleo y la emergencia de sectores exitosos que abrazaban una nueva cultura del emprendedor y se enriquecían velozmente rediseñaba una estructura social que se volvió visiblemente más desigual que en el pasado inmediato. De manera simultánea, se percibía un proceso de redefinición espacial en barrios pobres y asentamientos, pero también en los nuevos condominios cerrados del gran Buenos Aires. Se redefinían los límites y las relaciones con un espacio público deteriorado, produciendo nuevas formas de segregación. Incluso cambiaban los criterios clásicos de distribución espacial de la pobreza pues la población amenazada por el desempleo, la vulnerabilidad y el riesgo social, comenzó a verse diseminada también en barrios considerados “de clase media”. Así, en el marco de los grandes procesos de diferenciación social, la desigualdad también adquirió un carácter más difuso y capilar.

El conurbano como tema asociado a una nueva cultura popular, surgió al mismo tiempo que se producía simbólicamente su distancia. La brecha social y simbólica que una sociedad cada vez más desigual mostraba fue la condición de posibilidad de nuevas formas de representación pero, al mismo tiempo, fue la condición de nuevas formas de autoafirmación de un sector de las clases medias urbanas que se alejaban, cada vez más, de los espacios de tránsito comunes que habían caracterizado la experiencia argentina.

La producción estética de las artes visuales o la literatura, centradas cada vez más en una vocación intimista, no tuvo, salvo excepciones, referencias a este nuevo “otro”.⁶ Sin embargo, el reavivamiento cine-

trabajo de Hugo Ratier en Isla Maciel realizado en el marco del programa de extensión de la UBA coordinado por Gino Germani durante la década de 1960, algunos antropólogos de la Universidad de Buenos Aires (Ariel Gravano, Rosana Guber, entre otros) mostraron una vocación empírica paralela y criticaron el concepto de “cultura de la pobreza” y la separación radical entre villa/barrio. Sin embargo, eran escasos los vínculos en un campo disciplinar que se mantenía fragmentado entre una antropología social poco establecida y una tradición sociológica institucionalmente dominante, con miradas plurales y todavía heredera del papel dinamizador que supo tener en la cultura intelectual previa a la dictadura.

4 Nos referimos a los trabajos pioneros realizados en el ámbito del Programa de Estudios en Historia Económica y Social Americana (PEHESA) que desde 1978 hasta 1983 tuvo sede en Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA) y luego en la Universidad de Buenos Aires. El programa incluyó, entre otros, a Leandro Gutiérrez, Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero, Hilda Sabato y Beatriz Sarlo.

5 Las incisivas intervenciones de Beatriz Sarlo y de Oscar Landi, sus entredichos durante la década de 1990, expresan esa tensión.

6 Véase la reseña de Hernán Vanoli en este mismo número.

matográfico de fines de la década estimuló un recambio de directores, productores y críticos que consolidaron un “nuevo cine”. Una corriente dentro de esta oleada retrataba el conurbano bonaerense y la experiencia de un nuevo mundo popular. Cada vez más el conurbano se asociaba con la desocupación, un territorio deteriorado, manipulado por políticos y policías corruptos, criminalidad, tráfico de drogas y violencia. Era además el epicentro de productos culturales “vulgares” asociados al atraso y la contracara renovada de los valores homogeneizadores de una Argentina blanca, europea y letrada.⁷

⁷ La periferia urbana aparece con tratamientos diversos, inclusive intimistas como en *Vil romance* (2008) de Celestino Campusano o tragicómicos en *Buena Vida delivery* (2003) de Leonardo Di Cesare. Sin embargo algunas películas en un registro “realista” resultaron explícitamente significativas. Pablo Trapero exploraba un territorio industrial desolado en *Mundo Grúa* (1999) y recreaba las desventuras de un aprendiz de policía en *El bonaerense* (2002). Con *Un oso rojo* (2002), Adrián Caetano convertía la vida de un expresidiario en un *film noir* caracterizado por la corrupción, el alcoholismo, el trabajo informal y la presencia civilizatoria de la escuela pública en un suburbio. Más allá de las posibles bondades o crueldades de la periferia urbana pobre que este cine imaginaba, el conurbano era parte de un mundo que se convertía en objeto de representación y por eso mismo de algún tipo de distancia.

El movimiento por representar ese nuevo “otro” movilizó también a las ciencias sociales. Estas comenzaban a percibir que ese mundo no sólo no era más el de un individuo con trabajo regular y derechos sociales, sino que tampoco era la construcción ideal de un individuo de derechos cívicos, un Dios trascendente y un cultivo de la interioridad. Probablemente estos aspectos nunca habían sido del todo dominantes en el mundo popular urbano, pero ahora se hacía particularmente explícito que los recursos políticos, religiosos y estéticos no seguían bajo el control hegemónico de las instituciones “tradicionales” que habían caracterizado la experiencia popular como los partidos políticos, los sindicatos, la iglesia romana o la escuela pública. Salvo el valor y el acceso efectivo al empleo formal, aún es un tema a investigar el grado de efectividad de los procesos de difusión de los valores letrados y, sobretudo, la forma popular que adquiriría la ciudadanía social y política, la catequización y la promoción del “buen gusto” en el pasado. Sin embargo, no cabían dudas de que si estos habían sido efectivos a su manera, se encontraban en seria redefinición. Así lo mostraba, por ejemplo, el “clientelismo” peronista (pero también luego las organizaciones de desocupados), la amplia difusión del pentecostalismo o de los géneros musicales “bajos” como la cumbia, que escandalizaban por igual a la cultura letrada. La percepción de esa transformación modificaba también las formas de mirar y las categorías de análisis. La sociología política que había dominado las ciencias sociales argentinas dejaba cada vez más lugar a un cuestionamiento de las certezas sobre la universalidad de la división tajante entre público/privado de la ciudadanía democrática, entre sagrado/secular del catolicismo romano y entre bello/sublime del juicio estético letrado.

Profundizando un enfoque sobre los protagonistas, a veces explícitamente etnográfico, se produjeron una serie de estudios de investi-

gadores jóvenes que habían privilegiado el contacto de primera mano en los sectores populares. Efectivamente los investigadores fueron a los barrios más pobres del conurbano para entrevistar o convivir con sus vecinos. Algunos hacían dialogar un modelo del orden social (arriba/abajo) con el “punto de vista de los actores” o con inmersiones duraderas en barrios del gran Buenos Aires, otros privilegiaban una perspectiva horizontal (aquí/allí) y se preocupaban explícitamente por una mirada descentrada. El movimiento en el espacio urbano del “centro” a la “periferia”, que llevaba de una metáfora morfológica hacia una topográfica de lo social, creaba un clima propicio para que estudios etnográficos provenientes de una antropología institucionalmente más débil, pero que comenzaba a consolidarse hacia finales de 1990, cobrasen nueva legitimidad y establecieran un diálogo adeudado desde hacía décadas.

Todo esto significó la aparición de un verdadero interés de nuevas generaciones que se volcó hacia la periferia urbana de Buenos Aires, y también una renovación de las discusiones a partir de trabajos con vocación empírica que intentaban, de formas diversas, con conceptos distintos y con temáticas particulares (aunque algunas formas de lo “político” dominasen la agenda legítima), responder a diferentes versiones de la oposición populista/miserabilista con una *realpolitik* del conocimiento.

Desde abajo/desde la periferia

Si algunos indicadores socio-demográficos comenzaban a mostrar una creciente fragmentación en la estructura social, durante la década de 1990 dos trabajos con jóvenes de la periferia urbana marcaron un estilo novedoso de entender ese nuevo mundo. En una situación de profundo deterioro de la vida material y de las formas vigentes de entender lo público, el tema de los “jóvenes” era crucial para entender hasta qué punto los valores ciudadanos persistían. Tanto Javier Auyero (1993) como Silvia Kuasñosky & Dalia Szulik (1996) habían encarado dos estudios etnográficos que se concentraban en dos redes informales de jóvenes de la periferia para mostrar una ruptura generacional en el medio popular y poner de manifiesto que esos jóvenes establecían una relación nueva con el Estado y los partidos. Mostraban también que sus nociones de derechos sociales y civiles no constituían el modelo ideal de ciudadanía a que el relato dominante de la Argentina de posguerra nos había acostumbrado.⁸

8 Un trabajo focalizado en la dimensión educativa de jóvenes de la periferia urbana llamaba la atención porque analizaba esa nueva cultura juvenil concentrándose en la institución paradigmática de los valores iluministas. Silvia Dustchazky (1999) abordaba dos escuelas medias del conurbano bonaerense desplazando el foco de la lógica institucional a la experiencia escolar. Atendiendo a los sentidos que estos jóvenes daban al tránsito escolar, su etnografía miraba “desde abajo” el papel efectivo que cumple la escuela en la transmisión de los valores letrados de la educación sarmientina. Proponía que en una situación de deterioro social la escuela reviste funciones y sentidos inesperados desde la lógica del proyecto iluminista y que, a su vez, constituye uno de los pocos vínculos con las instituciones públicas.

En franco diálogo con algunos de los estudios realizados en sectores populares durante la década de 1980 en el CEDES, el registro etnográfico permitía rastrear un cambio en las formas de sociabilidad y de relación con las instituciones públicas.

Existía una particularidad en este nuevo estilo de trabajo. Los análisis preocupados por la mirada y las prácticas de los jóvenes en barrios populares eran desarrollados por jóvenes investigadores. La nueva generación daba cuenta de intereses teóricos, temáticos y metodológicos que profundizaban una mirada distinta a la de buena parte de sus profesores, quienes habían abrazado discusiones centradas, casi exclusivamente, en la teoría política o la lógica institucional de la transición democrática o representaban una tradición que simplificaba lo “empírico” en los dispositivos metodológicos, que relegaba la discusión conceptual y epistemológica al “marco teórico”.⁹

⁹ Como señaló Rubinich (1985), la “generación ausente” que, como tal, no pudo funcionar como eslabón y catalizador de nuevas corrientes de investigación, particularmente en la Carrera de Sociología, tuvo consecuencias en la renovación de los enfoques y las temáticas. Sin embargo, durante las primeras décadas democráticas, fue significativo el papel que tuvieron algunos investigadores más jóvenes que se habían formado en el exterior o en centros privados de investigación y que formaron a buena parte de la generación que produjo estos trabajos durante la década de 1990.

La publicación de *Desde abajo, la transformación de las identidades sociales*, libro compilado por Maristella Svampa (2000) que incluía artículos de Javier Auyero, Denis Merklen y Pablo Semán, entre otros, concentró un espíritu de época. Se proponía privilegiar el enfoque de los actores en diferentes ámbitos sociales, en los sectores populares o entre las clases medias empobrecidas, para dar cuenta de los cambios de la Argentina reciente. Hacia dialogar las transformaciones en las experiencias y visiones del mundo con los diagnósticos de un cambio socio-estructural.¹⁰ La importancia de este tipo de estudios se concentraba en no simplificar el mundo popular, homologando carencia material con carencia simbólica o con anomia social. La falta de recursos materiales no debía extenderse a la falta de recursos simbólicos y organizacionales. Por el contrario, dedicarse a entenderlos y a ver su productividad hacía más complejo el lugar de estos nuevos y viejos pobres. Al mismo tiempo, las miradas sobre este “otro cercano”, paradójicamente cada vez más distante, comenzarían a repensar diferencialmente la creatividad cultural y la productividad en el nivel organizacional.

¹⁰ En un artículo allí incluido, Maristella Svampa mostraba cómo las nuevas generaciones de varones del medio industrial se alejaban del mundo de sentido atribuido al “trabajo” y a la fábrica que marcaron a la generación anterior. Este proceso había sido objeto de reflexión en una investigación previa sobre las transformaciones del peronismo que ordenó la experiencia de los trabajadores y, por extensión, de una buena parte de los sectores populares argentinos de las últimas décadas (Martuccelli y Svampa 1997).

Estas preocupaciones, que dinamizaban las ciencias sociales argentinas, tenían diferentes enfoques que inyectaban conceptos y ejercicios novedosos en los que articulaban investigación empírica y creatividad teórica. Algunos de ellos estaban inspirados en la etnografía de la política en diálogo con la sociología bourdesiana del *habitus* (Auyero 2001) o la teoría de la práctica y la antropología de las mo-

ralidades (Frederic 2004), la etnografía de la religión asociada con una corriente estructuralista de la antropología brasilera inspirada en Luis Dumont (Semán 2000) y la sociología política que era releída en la clave de una creciente literatura sobre movimientos sociales o a partir del neo-durkheimianismo que movilizaba Robert Castel (Merklen 2003, Svampa y Pereyra 2003).

Los trabajos de Javier Auyero sobre el clientelismo peronista y de Pablo Semán sobre el pentecostalismo publicados en esta Revista, como artículos y finalmente como libros o tesis (Auyero 2001, Semán 2000), junto con el trabajo de Sabrina Frederic (2004), son los que más se han centrado en una perspectiva etnográfica y, tal vez por eso, han podido concentrar el análisis en las mediaciones simbólicas de diferente rango. Por otra parte, la tesis de Denis Merklen (2001) condensada luego en el libro *Pobres ciudadanos* (2005), conseguía reinstalar el lugar de los movimientos sociales en el gran Buenos Aires a partir de una inmersión en la sociabilidad de sus protagonistas, las relaciones con los planes de ayuda social del gobierno y las agencias de financiamiento. Maristella Svampa y Sebastián Pereyra (2003), por su parte, recorrían la génesis social y política de las organizaciones de desocupados a nivel nacional pero con fuerte presencia en el conurbano bonaerense. Estos autores, a partir de sus propias investigaciones, ponían en cuestión una fuerte tradición de la sociología política argentina que, luego de la llegada de la democracia, se había centrado en el “sistema político”, profundizando enfoques particularmente normativos de pensar la política con una seria dificultad para registrar, y más aún para comprender, formas de organización y de acción política menos “clásicas”.

La política más allá de lo “social”

El trabajo realizado por Steven Levitsky (2003) durante la década de 1990 sobre las unidades básicas peronistas del Gran Buenos Aires era un fuerte antecedente analítico sobre el papel del peronismo en la periferia urbana. Se concentraba en personas, interacciones y redes concretas para dar cuenta de una “desorganización organizada” del Partido Justicialista como explicación de su adaptabilidad al cambio y a coyunturas políticas diversas. Su análisis del Partido Justicialista reconstruía las interacciones, las redes y la capilaridad de la política peronista. Junto con el trabajo de Javier Auyero, constituían una nueva forma de hacer investigación sobre la “política” y

una nueva forma de posicionarse en relación con el peronismo. Ambos trabajos se concentraban en entender una cuestión fundamental, que no solamente perturbaba las miradas republicanas y la vocación democrática de los intelectuales que durante la década de 1990 renegaban del sucesivo triunfo del populismo liberal-conservador de Carlos Menem, sino del viejo tema del apoyo peronista que desde Gino Germani obsesionó a la sociología argentina.

La publicación de *La política de los pobres* de Javier Auyero (2001) produjo un tipo de mirada novedosa en las formas de entender el apoyo electoral peronista. De la mano de algunas categorías de Pierre Bourdieu y junto con una fuerte vocación etnográfica, se avocó a producir una mirada compleja y cercana del “clientelismo” peronista en un barrio popular del gran Buenos Aires denominado “Villa Paraíso” perteneciente al municipio de “Cospito”. Como luego lo haría Merklen, y a su manera Svampa y Pereyra, Auyero se colocó en un lugar provocador en relación a la sociología política argentina dominante. Su objeto era el más abyecto para la buena conciencia normativa, que veía en las prácticas llamadas “clientelistas” el viejo tema del atraso, cuando no la manipulación o el engaño de los “pobres”. El argumento era simple, en una red “clientelar” hay mucho más en juego que la simple manipulación. El privilegio del “punto de vista del nativo” y la noción de “*habitus* peronista” le permitieron a Auyero producir una mirada descentrada sobre esta particular forma de intercambio de bienes, honor y votos que configuraban una cultura política. La falta de investigación de campo del peronismo como cultura política encarnada era un rasgo que se reconocía como un problema de las miradas “desde arriba”, particularmente centradas en las instituciones y el Estado. Tomar en serio el “punto de vista del cliente” hacía más compleja la mirada escolástica externa y conseguía tener en cuenta cómo los “clientes” piensan y sienten los sistemas de intercambio, evalúan las actividades de los referentes políticos y sus ideas sobre la política. El análisis de las performances de las referentes políticas, como recreación de la figura de Eva Perón, mostraba creativamente una práctica contemporánea en fuerte relación con un *habitus* peronista de lo femenino. En este caso asociada a una figura mítica del peronismo clásico, pero tal vez extendible a los modelos de lo femenino fuertemente arraigados en el mundo popular de más larga data. Las relaciones entre “referentes” y “clientes” y los diferentes puntos de vista sobre el proceso en función de su posición estructural en la red de intercambio le permitían también analizar la heterogeneidad de las visiones positivas o negativas,

pero sobre todo la positividad de esa cultura política en la experiencia cotidiana.

Si Merklen, Svampa y Pereyra verían luego una positividad organizacional en el espacio de fricción entre organizaciones populares del Gran Buenos Aires y el Estado (nacional, provincial, municipal), Auyero desarrollaba una mirada interna al mundo popular centrada en el peronismo.¹¹ Las privaciones socio-económicas o la no correspondencia con una cultura cívica no son vistas como un vacío. El énfasis en las mediaciones simbólicas, en los actos rituales del intercambio de favores o bienes por votos y apoyo político, no eran simplemente relaciones de resolución de problemas específicos o de necesidades, sino actos rituales que suponían oportunidades de establecer relaciones sociales efectivas, coherentes en su propia lógica contemporánea. El reconocimiento de esta especificidad tiene el valor de restituir una forma de relación a su mundo nativo sin la connotación moral y normativa de lo “residual” o “tradicional”, pero sobre todo tiene la particularidad de colocar la pregunta por la política asociada a un sistema de símbolos históricamente constituidos.

La tesis de Sabrina Frederic (2004) retomaba buena parte de estas discusiones a partir de la etnografía de las prácticas políticas en relación con las moralidades. Desde esa perspectiva analizaba la “corrupción” o el “clientelismo” como categorías acusatorias. En su aspecto negativo, señalaba, estas categorías eran utilizadas para mostrar la “incompletitud” o los “desvíos” del proceso de democratización y modernización institucional de la Argentina. Sin embargo, al mismo tiempo, se podía ver cómo las evaluaciones morales del comportamiento político intervenían en la lucha por el reconocimiento local. Su análisis del sentido práctico de las acusaciones le permitía entender como la división entre una “baja” y una “alta” política estructuran las relaciones que favorecen el ascenso o descenso de los participantes en un esquema de jerarquías políticas.¹²

Su etnografía muestra la confrontación entre modalidades de hacer política en un contexto de *moralización* de la misma. A partir de un proyecto que desarrolló el intendente del municipio, Frederic analiza un proceso de profesionalización de la política durante la década que articula un proceso de valorización de los “militantes sociales” en descrédito de la “militancia política”. Una de las fortalezas del trabajo se encuentra en que siguió las transformaciones en la diná-

11 Resulta importante destacar que Auyero, asumiendo ciertas dificultades que posee el concepto en cuestión, busca examinar las potencialidades y los límites de la noción de “clientelismo político” y propone, en la introducción a su libro, usar la categoría de “mediación política” para la descripción de la red de resolución de problemas. Numerosos autores han objetado el uso del término “clientelismo político” como categoría de análisis, ya sea en general –por sus connotaciones negativas– o en particular –por limitaciones de su uso analítico–. El énfasis de éstas críticas no hacen más que ponerlo en el centro una y otra vez, obligándonos a reflexionar sobre una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones clave no pueden pensarse en absoluto.

12 Es interesante subrayar que Frederic considera las acusaciones de los “nativos” como una inscripción de la moralidad y que los criterios de esas clasificaciones, en un sentido amplio, se encuentran extendidos mucho más allá de su “campo”, en la opinión pública e inclusive en las evaluaciones morales que las ciencias sociales portan en sus propios análisis y argumentaciones.

mica política del municipio bonaerense de “Uriarte” durante diez años, consiguiendo percibir cambios en la etno-moralidad política de los “uriartenses” en el largo plazo de las reformas neoliberales. Pero también su valor se encuentra en dudar del gran divisor moderno entre público/privado. Contrariamente a lo que sostienen largas tradiciones de las ciencias sociales para pensar las “sociedades complejas” que separan la “esfera moral” (imbuida de valores como la reciprocidad o la lealtad) de la “esfera política” (el ámbito de lo público, de lo legal y lo estatal), Sabrina Frederic observaba que los valores de lo doméstico atraviesan la moralidad de los vínculos políticos y, a su vez, que el discurso político podía encarnar evaluaciones morales con efectos prácticos. Así, mostraba cómo se reconfiguraban las “divisiones” entre “vecinos buenos” y “políticos malos”, entre “militantes sociales” y “militantes políticos”, entre “vecinos” y “villeros”).

Si Javier Auyero consiguió ver la productividad de una lógica “clientelar” en sus propios términos e invertir la condena moral al “clientelismo” y a la “política sucia”, con la que la cultura letrada suele catalogar la experiencia política del conurbano pobre, Sabrina Frederic hizo de esa acusación el problema mismo. Reconstruyó las acusaciones en el nivel conceptual y etnográfico para dar cuenta de una creatividad en los usos que se hacen de esas categorías en la lucha por los posicionamientos.

La cultura más allá de la política

Las valoraciones de un espacio académico jerarquizan ciertos temas de investigación, algunos son fútiles o poco considerados, otros se convierten en centrales y legítimos, aunque muchas veces se olviden las estructuras subrepticias que producen esas jerarquizaciones. El punto fuerte del trabajo de Pablo Semán (2000) sobre la religiosidad en el Gran Buenos Aires se encuentra en que consigue romper la inercia de la narración dominante de un sector laico y letrado de las clases medias urbanas. A su vez, su análisis de la religiosidad extiende los límites en que las formas convencionales de jerarquización académica habían dejado a lo religioso. La religiosidad en el trabajo de Semán no es un tema más entre otros, ni tampoco es el capítulo cultural o simbólico que ilustra otros temas verdaderamente importantes, es un punto de partida particularmente fecundo para discutir la cultura popular urbana. Ese ejercicio produce un doble descentramiento, no sólo de lo popular en

relación con lo letrado, sino de lo sagrado como un valor estructurante de una visión y una experiencia del mundo popular en relación con la separación escolástica entre sagrado/secular.

El tópico del pentecostalismo había llamado la atención durante la década de 1990 por lo novedoso. La etnografía pionera de Daniel Míguez (1998) en “Villa Eulalia” ganaba especificidad en el estudio del pentecostalismo y mostraba, a partir de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens, la efectividad, la solidaridad, el sentido restringido de dignidad que el pentecostalismo promueve entre sus miembros, pero también las limitaciones que presenta para los no-pentecostales. A partir de un estudio situado en el conurbano, Míguez discutía con las miradas “desde arriba” que insistían abstractamente en ver el avance del pentecostalismo como “tradicionalización” o como “modernización” del mundo popular, poniendo en evidencia que el “atraso” o el “progreso” no era un problema eminentemente asociado a las culturas políticas, sino un modelo amplio de pensar lo popular que incluía también a lo religioso.

El trabajo de Semán heredaba buena parte de estas consignas, pero las llevaba más allá del pentecostalismo. El análisis conjunto del catolicismo popular y los reavivamientos católicos o pentecostales en “Villa Independencia” privilegiaba un análisis transversal que evadía el análisis institucional de una denominación específica. Este enfoque le permitía a Semán registrar una gran diversidad de expresiones religiosas, pero sobre todo percibir la combinación y el tránsito entre saberes religiosos de orígenes diversos sobre el fondo común de una misma matriz cultural. Dialogando con los estudios sobre cultura popular a partir de las religiosidades de un barrio del conurbano conseguía registrar el entramado de las culturas terapéuticas y la religiosidad, las culturas juveniles y las culturas políticas.¹³ Este enfoque radicalizaba todavía más una mirada interna del mundo popular. Su objetivo no eran solamente los puntos de vista nativos, sino la reconstrucción de una lógica propia, una serie de valores estructurales (y estructurantes) que ordenan de forma diferencial la experiencia del mundo de católicos y pentecostales a partir de cuatro nudos: la práctica del curanderismo, los saberes de la interioridad y de la psicologización, las culturas juveniles y el peronismo.

La positividad que describe Semán en la religiosidad popular no es la de un registro organizacional, ni la de una expresión simbólica, sino la de una lógica cultural más amplia que encuentra en el

13 Siguiendo la categoría de “cultura popular” –entendida como concepto fecundo de trabajo etnográfico que permite desarrollar una mirada integrada de lo político, lo estético y lo religioso– se han producido trabajos recientes que privilegian el trabajo de campo intensivo en el conurbano bonaerense que reconocen los valores de la “fuerza”, la “jerarquía” y la “reciprocidad” como estructurantes (Míguez y Semán 2006).

pentecostalismo y el catolicismo momentos clave. Esto le permitía describir una forma popular de modernización religiosa en sus propios términos, entendida como una tensión de los valores de la “relacionalidad”, la “jerarquía” y el “holismo” con el valor “individuo”. Una tensión que no deja de mostrar la presencia de la ideología del individuo en las prácticas que promueven la interioridad y que lo llevaba a percibir esas sensibilidades religiosas como un “cosmos fragmentado”.¹⁴

¹⁴ El reconocimiento de estos valores no implica la homogeneización ni la exotización de un “otro”, sino el registro contrastivo de algún grado de diferencia que pretende corregir cierta miopía de nuestra cultura letrada. Una antropología de los valores tiene sentido en su trabajo en un sentido moral, pero no en tanto “prácticas” como propone Frederic, sino en tanto valores preeminentes de larga duración que constituyen una lógica diferencial en relación con la cultura letrada.

La política más allá de lo “político”

Denis Merklen (2001, 2005) mostraba con extrema pericia las estrategias de supervivencia, las formas de sociabilidad e inclusive de hacer política, en su sentido fuerte, que caracterizaban al mundo popular urbano en una situación de “desafiliación” radical que una mirada histórica y comparada de la argentina reciente le permitía describir. Su tesis mostraba como las transformaciones en el mundo del trabajo y en las formas de vinculación de las clases populares con el Estado configuraron una “nueva politicidad”, caracterizada por la “inscripción territorial de lo político”. Forma que contrastaba con las vías “clásicas” que caracterizaron a la sociedad argentina, es decir, el sindicato y los partidos políticos.

Si Auyero atendía al “clientelismo” como cultura política en lo cotidiano y Frederic relacionaba política y moralidad, ambos integraban etnográficamente lo que una mirada “desde arriba” suponía separado. Merklen, por su parte, también registraba una simultaneidad que cuestionaba la mirada simplista sobre las organizaciones de desocupados como meras distribuidoras de recursos de ayuda social. Percibía la coexistencia de una acción pragmática de búsqueda de recursos, una “lógica del cazador”, con una “lógica de los derechos sociales”, tanto en la interfase entre “pobres”, movimientos sociales y políticas focalizadas neoliberales (implementadas desde ONGs o el Estado) como en las estrategias cotidianas de supervivencia.¹⁵ Esta operación era muy productiva para cuestionar la distinción esquemática y maniqueísta entre “clientelistas” y “piqueteros” que una lectura rápida de la producción contemporánea podía generar. Su mayor logro consistía en mostrar la posibilidad de conjugar política y sociabilidad en función del conocimiento de primera mano de la experiencia cotidiana de los procesos de movilización social y realizar un análisis a partir de las relaciones sociales efectivas.

¹⁵ Tal vez la relación entre la lógica pragmática “del cazador” y las nociones de derechos no es, en su sentido amplio, exclusiva del mundo popular. La distribución de recursos de las políticas sociales focalizadas durante la década de 1990 atrajo también una gran cantidad de científicos sociales como consultores o técnicos en proyectos que eran contrarios a las políticas universalistas que muchos de ellos defendían.

El blanco de su crítica era la sociología política argentina obsesionada con el sistema de partidos y las lógicas de la representación democrática. Pensar al mismo tiempo en relaciones sociales y en el espacio de fricción entre Estado y organizaciones de barrios populares le permitía mantener algunas preocupaciones de la sociología política argentina y analizar creativamente una relación novedosa con lo “público” anclada en la “sociabilidad territorial”. Le permitía también entender una forma de ciudadanía particular que difería del modelo ideal de las clases medias letradas y, particularmente, de los intelectuales que se niegan a reconocer en esa politicidad un reclamo ciudadano. Sin embargo, la particularidad del registro cohesivo de lo social no se interesaba en las formas simbólicas que esa “política” pudiera haber tenido en la larga duración histórica. Es poco lo que sabemos sobre las nociones de territorialidad realmente existentes en la cultura popular del mundo peronista clásico, pero entender el anclaje territorial de la política solo como fruto de un repliegue sobre el “vacío” dejado por la crisis de ciertas instituciones podría hacerse más complejo si consideramos que sociabilidad y relaciones sociales encarnadas en un territorio no aparecen solo a partir de la “falta” de instituciones cohesivas.¹⁶ No podemos dejar de preguntarnos si, contrariamente al “vacío” dejado por los vínculos sindicales y los partidos políticos, el barrio suponía un modelo paralelo de productividad social más antiguo y constituía un criterio de identificación previo en el acervo cultural del mundo popular que obtiene efectividad política durante la década de 1990 justamente porque existe desde hace mucho en el repertorio simbólico de las clases populares.

Por su parte, en *Entre la ruta y el barrio* (2003), libro que Maristella Svampa publicó en colaboración con Sebastián Pereyra, se muestra cómo emergió, se desarrolló y consolidó el movimiento de desocupados en Argentina desde mediados de la década de 1990 hasta 2002. La periferia de Buenos Aires poseía antecedentes de organización colectiva tanto en las experiencias de toma de tierras y asentamientos o reclamos de servicios básicos que se desarrollan desde fines de la dictadura militar. Siguiendo la tesis de Denis Merklen, según la cual las clases populares del conurbano poseen una “matriz territorial” que se formó en el largo proceso de desindustrialización y deterioro de las condiciones de vida, los autores sostienen que la política en los barrios se recluyó en sus dimensiones más reivindicativas en una relación de tensión y enfrentamiento con la estructura ‘clientelar’

16 Queda claro que lo que esta en juego es la novedad de la relación entre política y territorio en un contexto de crisis de las instituciones ‘clásicas’ como los partidos políticos y sindicatos en el pasaje del ‘trabajador’ a ‘pobre’. Sin embargo, la territorialidad (o el barrio) parece ser una nueva forma que adopta un viejo tema de la cultura popular que, como muestra Mirta Lobato (2004), atraviesa la cultura fabril durante buena parte del siglo XX.

17 Creemos que la polarización entre dos formas de la política que se sintetiza en la oposición clientelismo/protesta sigue siendo problemática para el análisis cuando insiste en una distinción normativa. Por otro lado, es oportuno hacer un contrapunto con Levitsky (2003), que señala que, más que un “abandono”, hubo un complejo proceso de reemplazo de la estructura sindical peronista por la estructura “clientelar” articulada por el propio P.J. Al mismo tiempo, es por todos conocido, y señalado incluso por Svampa y Pereyra, que el deterioro de ciertas relaciones de representación dio origen a nuevas organizaciones sindicales, tales como la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), sindicato que articula no sólo empleados en relación de dependencia sino también desocupados.

del Partido Justicialista en plena expansión y luego de ser “abandonados” por el mundo sindical tradicional.¹⁷

Preocupados por pensar la recomposición social, los autores señalan que el trabajo pretende no sólo describir, comprender y explicar, sino brindar visibilidad positiva a un emergente profundamente estigmatizado. Frente al desmantelamiento de la estructura salarial fordista, analizan comparativamente el modo en que florecieron reacciones colectivas de protesta no solo en el conurbano, epicentro clásico de la población asalariada, sino en todo el país. En su análisis reconocen una serie de organizaciones que surgieron en la periferia de Buenos Aires, particularmente en los distritos de la Matanza y en la zona sur, a partir de referentes formados por experiencias previas de militancia sindical, organizaciones sociales de izquierda y comunidades eclesiales de base. Esta génesis les permite mostrar la contracara de los sectores populares que habían sufrido un proceso de desintegración económica y social, que aparecía ahora al describir lo que estos autores percibían como la “reacción organizada” de los sectores populares y una respuesta a la “descolectivización”.

Si bien muchos de estos trabajos se refieren a un proceso general, el tropo del conurbano como espacio des-industrializado y acompañado de una fuerte territorialización de la política podría completarse a partir una descripción más detallada del paisaje suburbano. Mientras ciertas áreas del sur y el oeste se desindustrializaron fuertemente, el norte se consolidó como la zona industrial más importante del país (Varela 2009), con un movimiento de obreros asalariados en sus lugares de trabajo donde conviven actualmente nuevas organizaciones gremiales de base con experiencias sindicales tradicionales. Por otro lado, también es importante señalar el surgimiento reciente del movimiento de cooperativas industriales de ex-trabajadores asalariados que se transformaron en dueños colectivos de empresas al borde de la quiebra. Por estas razones, a la hora de realizar análisis situados, la “nueva politicidad” de los sectores populares, encarnada en las organizaciones de desocupados, debe ponerse al lado de una zona heterogénea donde se recrean tradiciones fuertemente asociadas a la esfera laboral. Procesos contemporáneos que inclusive nos obligan a repensar las distinciones clásicas entre barrio/mundo del trabajo.

La periferia en el centro

Creemos que en el diálogo entre estas investigaciones recientes podemos encontrar una mirada compleja sobre las transformaciones y las continuidades del mundo popular urbano de las últimas décadas. Los trabajos tienen en común que se concentran en la positividad y evitan las explicaciones por la carencia. Sin embargo, lo hacen desde posiciones diferentes. En tanto Merklen reclama la reinscripción de lo político en lo social, Svampa y Pereyra, siguiendo un camino similar, analizan las potencialidades y límites de un movimiento político de orden reivindicativo. Los cambios en las formas de organización en el mundo popular que estos trabajos describen, se complementan con tres formas diferentes de repensar la cultura. Auyero lo hace con el *habitus* peronista para entender los sistemas de intercambio usualmente llamados “clientelistas” en “Villa Paraíso”, Frederic describe el proceso de transformación de la etno-moralidad política en la ciudad de “Uriarte” y sus efectos en la “práctica” política de sus funcionarios. Semán da cuenta de una matriz cosmológica popular para analizar el pentecostalismo y el catolicismo en “Villa Independencia”. Los cinco autores producen y elaboran un material que proviene de la periferia urbana de Buenos Aires, estableciendo diferentes formas de visibilidad y contraste en un contexto de fragmentación y polarización social.

Que en los sectores populares se haya transformado el tipo de vínculo político con el Estado nos muestra cambios fundamentales que hay que tener en cuenta para entender la Argentina de los últimos setenta años. La crisis de una forma de integración social basada en el trabajo estable y un modelo sindical que describen tanto Merklen como Svampa y Pereyra son transformaciones societales decisivas. De maneras diferentes, ambos trabajos se colocan en esa inflexión. Ubican el foco analítico en los procesos de “desafiliación” a nivel nacional, que reinscriben en lo barrial los procesos de integración, brindando un cuadro general para poder entender las nuevas formas de pensar lo político.

En este punto se hace necesario recordar la diferencia entre identificaciones y adscripciones políticas o territoriales más o menos conscientes, de formas sedimentadas que constituyen estructuras simbólicas y formas de relación que se estructuran en el largo plazo. Creemos que todavía es necesario un reordenamiento de las categorías que están en juego en nuestras preocupaciones, porque las relaciones implícitas a un *habitus*, una moralidad o una cosmovisión no

se encuentran, en principio, necesariamente asociadas a una institución, un movimiento social, ni a un proceso de identificación específico. Por el contrario, parecería ser que a lo que nos referimos cuando hablamos de una cultura política o religiosa, es a un registro de formas de relación con mayor densidad y persistencia histórica.

Como sabemos, la imagen homogénea de una ciudadanía extendida y de unos derechos sociales ampliamente difundidos, que caracterizarían una relación virtuosa con el Estado, dista bastante de ser una configuración estable y puramente igualitarista, alejada de los vínculos personalistas, familiares y jerárquicos propios de las economías morales del don (asociadas a veces con el peronismo).¹⁸ Todavía queda mucho por indagar sobre las formas sustentadas en la lealtad y el intercambio que imbuían las relaciones entre los trabajadores y el sindicato, el partido político y el Estado durante la “época de oro” de la sociedad integrada. Si se pudieran reconstruir esas formas de vinculación, mostrando su complejidad, y si se evidenciara el lugar que esas formas ocupan, actualizadas, en las llamadas “redes clientelares”, al mismo tiempo que en las organizaciones de desocupados, tal vez las prácticas y las estructuras simbólicas que permean la política de los sectores populares urbanos podrían articularse mejor, tanto en el contexto de las experiencias contemporáneas como en su continuidad y diferencia con las décadas precedentes. La religiosidad, puede funcionar como revelador ya que podríamos afirmar que el avance del pentecostalismo podría ser visto como resultado del vacío o de la “crisis” de la presencia histórica secularizada de la Iglesia católica que difundió, durante buena parte del siglo XX, la separación del mundo entre sagrado/secular. Sin embargo, sería ingenuo creer que alguna vez desapareció el mundo encantado del catolicismo popular (y su relación inmanente con lo sagrado que sigue estructurando los nuevos procesos de santificación popular e inclusive el propio pentecostalismo), como también sería ingenuo suponer que lo hizo la economía moral del don en la cultura política. Ambos suponen una forma de vínculo persistente, suponen más una compleja configuración heredada que una identificación política o religiosa específica.

De ninguna manera queremos decir que el proceso de integración social y de acceso a derechos sociales, que caracterizó a la Argentina de posguerra, no haya sido efectivo, sino que de su crisis no podemos deducir automáticamente la disolución de una cultura atravesada por la lógica del intercambio de los dones, los valores de la je-

18 Un enfoque como el de Federico Neiburg (1990) muestra la dificultad de pensar el peronismo “clásico” en tanto sistema exclusivo de derechos sociales sin, al menos, complejizar la persistencia de una cultura política inscrita en las lógicas del intercambio de “favores”, el valor de la jerarquía y un límite difuso entre lo personal, lo familiar, lo laboral y lo “público”. Es habitual reconocer el papel igualitarista y plebeyo del peronismo, sin embargo parece difícil conciliar esa percepción con sus lógicas jerárquicas y sus economías morales de la dádiva. La fuerza de una oposición letrada que separa las lógicas de valor entre mercancía y dádiva, individuo y persona, igualitarismo y jerarquía, dificulta el registro de formaciones que aparecen como “paradojales”. Si priorizamos su lado igualitarista veremos allí las virtudes de una democracia social, si lo hacemos con su lado jerárquico, su conservadurismo. Sin embargo, lo que aparece como “paradojal” debería darnos las pistas de una configuración de valores que, en sus propios términos, sale del pensamiento binario al que la teoría de la modernización y el sentido común letrado nos han acostumbrado.

rarquía, la familia y lo doméstico como mediadores con lo político o lo religioso. La capacidad de transformación que tienen las organizaciones de desocupados, como también la tiene el pentecostalismo, parecería dialogar permanentemente con formas mucho más antiguas que no se reducen a las lógicas cohesivas de la integración/desintegración, sino que responden a formas que persisten a los contenidos.

Traer la periferia al centro puede leerse tanto en su sentido figurado como explícito. El camino debería tender a unir esos términos, haciendo de las miradas sobre la periferia urbana un ejercicio de descentramiento de nuestras propias nociones letradas que, en su momento, refirió Ángel Rama como “agresivas” y “redentoras”. Todos los trabajos señalados redefinen esos límites en diferentes niveles. Ponerlos en relación mutuamente y con las tradiciones de las ciencias sociales locales debería obligarnos a preguntarnos por los caminos que abrieron para pensar el mundo popular urbano contemporáneo, pero también para preguntarnos por las consecuencias epistemológicas más amplias. La epistemología implícita de una visión moderna instrumental postula que Sociedad, Cultura y Política, en mayúsculas, son tres caminos separados. Unirlos es restituir lo político en lo cotidiano, en las relaciones sociales, en los órdenes morales, en una cosmología. El camino de relativizar nuestras formas de pensar puede llevarnos también a relativizar el lugar que el análisis de lo “político” ocupa en nuestra agenda pública y reflexionar de nuevo sobre los lugares donde lo político, no solo como objeto, reaparece en un esfuerzo de complejidad epistemológica sobre cualquier tema de investigación.

Habremos de reconocer que Apuntes de Investigación del CECyP es parte dadora en estos debates, ya que buena parte de los temas referidos fueron eje de las preocupaciones de la Revista y, además, constituye un ámbito de discusión que se identifica con un diálogo entre la herencia fuerte de las ciencias sociales hechas en Argentina y las corrientes contemporáneas de las ciencias sociales entendidas como oficio empírico de creatividad teórico-política. Déjenos sugerir que todo parece indicar que el espectro de la “modernización” todavía sobrevuela las cabezas de los vivos. Sólo que, como analistas, estamos obligados a repensar cada vez más ese concepto en su porosidad, en sus *impasses*, en sus diferencias. Justamente porque cada vez más es necesario recrear la tradición de las ciencias sociales heredadas para pensar de nuevo la cultura y la sociedad (y la política)

en los conglomerados urbanos pobres o donde sea. El recorrido de esta literatura contemporánea resulta estimulante por contribuir a establecer un camino que moviliza temas clásicos de las ciencias sociales argentinas, pero los recrea, esta vez, sin mayúsculas.

Bibliografía

- Auyero, Javier. 2001. *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- _____. 1993. *Otra vez en la vía: notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares*. Buenos Aires: Espacio.
- Belvedere, Carlos. 1997. El inconcluso "Proyecto marginalidad". *Apuntes de Investigación del CECyP*, 1.
- Duschatzky, Silvia. 1999. *La escuela como frontera. Reflexiones sobre la experiencia de jóvenes de sectores populares*. Buenos Aires: Paidós.
- Frederic, Sabrina. 2004. *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Kuasñosky Silvia & Dalia Szulik. 1996. Desde los márgenes de la juventud. In: M. Margulis (org). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos.
- Levitsky, Steven. 2003. *Transforming Labor-Based Parties in Latin America: Argentine Peronism in Comparative Perspective*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Lobato, Mirta Zaida. 2004. *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa. 1997. *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires: Losada.
- Merklen, Denis. 2005. *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- _____. 2001. *Inscription territoriale et action collective. Les occupations illégales de terres urbaines depuis les années 1980 en Argentine*. Tesis de Doctorado. École des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- Miguez, Daniel. 1998. *Spiritual Bonfire in Argentina. Confronting Current Theories With an Ethnographic Account of Pentecostal Growth in a Buenos Aires Suburb*. Amsterdam: Centre for Latin American Research and Documentation.
- Miguez, Daniel y Pablo Semán (orgs). 2006. *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.
- Neiburg, Federico. 1990. Entre Perón e o Patrão. Reflexões sobre o alcance da homologia. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 13.
- Novaro, Marcos. 1997. El liberalismo político y la cultura popular. *Nueva Sociedad*, 149.
- Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Rubinich, Lucas. 1985. *Retrato de una generación ausente*. Punto de Vista, 23.
- Semán, Pablo. 2000. *A 'fragmentação do cosmos'. Um estudo sobre as sensibilidades de fiéis pentecostais e católicos de um bairro da Grande Buenos Aires*. Tesis de Doctorado. Programa de Posgraduación em Antropologia Social, Universidad Federal de Rio Grande do Sul.
- Svampa, Maristella. 2000. (org). *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra. 2003. *Ente la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Varela, Paula, 2009. *Mundo obrero en la Argentina actual. La fábrica y el barrio como escenarios de prácticas políticas en el norte industrial del AMBA*. Tesis de Doctorado. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.